

Un Drama en tiempo
de Catalina II.
(Novela por el príncipe Lubomirski)

(10.)

(Continuación)

Alina quedó sorprendida al ver que aquel hombre á quien ofrecia su amor lo rechazaba con desden.

— No me niego á aceptar el trono - dijo; - pero no creo tampoco en la realizacion de vuestras esperanzas.

— ¿Y si se probare la verdad de mis palabras, abandonaríais á vuestro microscópico príncipe y tendríais valor para ponerlo al frente de vuestro ejército?

Alina se levantó y dijo:

— Entonces veríais de lo que soy capaz.

— Puedo presentaros las pruebas, ahora mismo.

— ¿Ahora mismo?

— Si, es preciso obrar; ¿me permitís disponer de uno de vuestros servidores?

— ¿Para qué?

— Para hacer venir aquí á una persona que os convencerá.

Habia tanta seguridad en la voz de Ladislao, que la princesa sonrió y tocó un timbre. A los pocos momentos apareció un criado.

— ¿Me autorizáis para que le dé una orden? - preguntó el joven.

— Haced lo que gustéis, - contestó Alina.

— Id á la margen del Rin, al sitio donde atracan las barcas. Allí se halla un caballero sentado sobre el ribazo, y le direis: venid al castillo; vuestra presencia es indispensable.

El criado interrogó con la mirada á su señora.

— Obedeced - ordenó Alina.

Esta y Ladislao permanecieron solos. Entonces, el polaco describió en términos vivos y conmovedores la situacion de Europa.

Alina le escuchaba ávidamente. En seguida le pintó la naciente grandera de Rusia y el papel que este imperio empezaba á desempeñar en Europa. La princesa no le interrumpió más que por medio de monosílabos, pues estaba profundamente impresionada.

— Os está reservado un gran porvenir, señora. Los polacos, perseguidos por Catalina, han puesto en vos sus esperanzas. Nosotros os elegiremos emperatriz de Rusia y reina de Polonia, y seréis la primera en el magestuoso arcipago de los soberanos de Europa.

Señora, estamos dispuestos a servir, y os aclamaremos en todas partes. El sultán os envía una flota, que en breve llegará a Venecia. Gustavo os reconocerá y Roma os prestará su protección pontificia. Tenemos partidarios en Rusia... Austria y Francia os ayudarán...

Alina se sonrió con aire de incredulidad, y dijo:

— ¿Sois vos quien ha hecho todo eso?

Entonces se abrió la puerta y apareció Ratriwill.

— Yo, no; ese hombre, la Polonia y los jesuitas.

Alina se puso pálida y exclamó:

— ¿El desconocido!

— Carlos... príncipe de Ratriwill, palatino de Vilna, príncipe del Sacro Imperio, — dijo Domanski.

— ¿Nos sois el príncipe de Ratriwill? — preguntó Alina, — ¿sois ese potentado tan poderoso como los reyes?

— Yo mismo, — contestó Ratriwill. — Lo que ese joven os ha dicho es la pura verdad. Isabel Romanof, emperatriz de Rusia y reina de Polonia, el príncipe Ratriwill os rinde homenaje.

Y acto continuo se arrodilló.

— ¿Es cierto lo que decís? — exclamó Alina; — ¿vuestras proposiciones son formales?

— Sí, — contestó el recién llegado. — No os he perdido de vista desde el día de vuestro nacimiento, y he seguido vuestros pasos en Londres, en Paris y en Berlin.

— ¿Y qué queréis hacer de mí? — repuso Alina.

— Lo que os he dicho, una emperatriz. Yo soy el jefe del partido aristocrático de Polonia, y mi compañero ha sido enviado por el partido democrático. Estábamos en guerra y nos hemos unido contra el enemigo común, Catalina II. Así, pues, Polonia entera os ofrece la corona que de derecho os corresponde. ¿Nos creéis ahora?

— ¡Monsieur! — balbuceó la princesa.

Ratriwill le cogió respetuosamente la mano, y añadió:

— Seguidnos, señora; todo está dispuesto. La escuadra del sultán nos espera en Venecia. El visir ha puesto un ejército a nuestra disposición y tendremos las simpatías del mundo entero, porque no hay quien no deteste a Catalina.

La princesa vacilaba. El príncipe, que estaba envuelto en una gran capa de piel, se desentozó bruscamente. Su pecho apareció cubierto de destumbrantes placas, llenas de diamantes y piedras preciosas.

Sin hacer caso, al parecer, del efecto que aquella vista producía en la aventurera, Ratriwill sacó de su bolsillo un papel, que desdobló sobre la mesa.

(Se continuará)

Rima.

*

Cuando en la noche te envuelven
Las alas de tul del sueño,
Y tus tendidas pestañas
Semejan arcos de ébano...;
Por escuchar tus latidos
De tu corazón inquieto,
Y reclinar tu dormida
Cabeza sobre mi pecho,

Diera, alma mía,

Cuanto poseo,

La luz, el aire

Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos

En un invisible objeto,

Y tus labios ilumina

De una sonrisa el reflejo...;

Por leer sobre tu frente

El callado pensamiento

Que pasa como una nube

Del mar sobre el ancho espejo,

Diera, alma mía,

Cuanto deseo;

La fama, el oro,

La gloria, el genio!

Cuando emudece tu lengua,

Y se apresura tu aliento,

Y tus mejillas se encienden,

Y entornas tus ojos negro...;

Por ver entre sus pestañas

Brillar con humedo fuego

La ardiente chispa que brota

Del volcan de los deseos,

Diera, alma mía,

Por cuanto espero,

La fe, el espíritu,

La tierra, el cielo!

Gustavo A. Becquer.

Modas parisienses. (Nota) A causa de un accidente involuntario y, por otra parte, hallándonos en fin de estacion, dejamos de publicar la revista correspondiente a esta semana. Quedará supliada esta falta dando a la próxima mayor extension. — (L. D.)

El correspondiente de París.
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española

Redaccⁿ y Admⁿ:
17 y 19 rue Maubeuge
Paris.

Año IV. - Núm. 507.

Paris 3 de Setiembre de 1888.

La situación.

El viaje del presidente del Consejo de ministros a Toulon con objeto de presenciar por si mismo las maniobras de la escuadra y felicitar personalmente por su éxito al ministro de marina, se ha convertido, por lo visto, en una verdadera manifestación política. Mr. Floquet ama los éxitos como nadie, y es hombre que sabe aprovechar oportunamente las ocasiones cuando ellas, buenamente se presentan. - Ciertamente que al partir el jueves por la noche para Toulon significó a todo el mundo que su viaje no tenía nada de oficial y, por consiguiente, que creaba no ser por nadie festejado en su calidad de jefe del gobierno; pero todo sabemos el caso que se suele hacer de semejantes encargos y de semejantes distinciones en circunstancias parecidas. La llegada, pues, de Mr. Floquet a Toulon, fue, quiera que no, un acontecimiento para aquellas autoridades y para los ministeriales de aquella capital, y como es de suponer, quiera que no también, la estancia del presidente del Consejo en dicho punto se ha convertido en una serie de ovaciones, no diremos preparadas (porque esto sería ofender la modestia un poco discutible del ex-presidente de la Cámara) pero si perfectamente improvisadas, y bien dispuestas para que Mr. Floquet, que siente siempre una comezon irresistible por los actos políticos, se sintiera en vena de convertir su pasajera visita al arsenal y a los buques de la escuadra en un positivo acontecimiento político.

En Toulon - como saben ya nuestros lectores por anteriores correspondencias - se ha discursado de lo lindo por todo el mundo, y particularmente por Mr. Floquet, que

se ha prodigado en esta ocasion De una manera galante y exp-
 franciva. - Desde luego lo que resalta en los discursos pronun-
 ciados en Toulon por M^r. Floquet y de los cuales se hace hoy
 cargo toda la prensa parisiense, analizando cada periódico
 a su guisa, son las afirmaciones hechas por el representante
 del gobierno acerca de las intenciones pacificas de este vis à vis
 de las demas potencias. Hay quien pretende que tales decla-
 raciones eran, por no decir inútiles, completamente intempesti-
 vas. No lo juzgamos nosotros asi. El estado de Europa es tal,
 que una nacion no puede mover un regimiento sin que en se-
 guida lleven los comentarios de todas partes. A mayor abun-
 damiento, cuando una potencia como francia procede a expe-
 rimentos de movilizacion insolitos como los que tuvieron lu-
 gar el año ultimo, o a maniobras de movilizacion naval co-
 mo las que actualmente se verifican en Toulon, no deja de
 haber en Europa quien se pregunta si tales experimentos
 son el preludio de propios y probables sucesos, y, por consiguien-
 te no es en modo alguno inútil que una voz autorizada se
 deje oír en sentido pacifico desvaneciendo toda incertidumbre
 a proposito de las intenciones de francia, en el momento mis-
 mo en que francia esta demostrando al mundo entero que
 esta preparada para todas las eventualidades.

Por lo que respecta a la politica interior del gobierno
 quiza M^r. Floquet en sus discursos de Toulon ha estado meno,
 preciso. Un programa politico exige mas desarrollo que una sim-
 ple declaracion pacifica. Con todo, el presidente del Consejo ha
 usado un lenguaje digno y correcto, cual convenia al jefe de
 un gobierno republicano, cuando, en uno de sus arranques, ha
 cia llamamiento a los sentimientos "fraternales y conciliantes"
 de todos los republicanos para llegar a la consolidacion Defini-
 tiva del regimen de la Democracia.

M^r. Floquet, sin embargo, ha comprendido que la
 concentracion no debia hacerse precisamente y unicamente
 para combatir las "pretensiones de restauracion ~~de~~
 monarquica" o las "tortuosas aventuras de la politica dicta-
 torial", sino que es necesario igualmente aplicar esos sentimien-
 tos "fraternales y conciliantes" en el estudio de los problemas
 politicos que, segun la expresion de M^r. Floquet, "dividen los
 mejores corazones" y es necesario estudiarlos precisamente
 evitando que esas divisiones se produzcan y manifiesten. -
 Con frecuencia hemos dicho nosotros que la concentracion "con-
 tra" los adversarios del regimen actual era estéril y que la con-
 centracion verdaderamente necesaria era aquella que tuviese por
 base y por objeto la realizacion de una politica de sabias y pru-
 dentes reformas. M^r. Floquet, aunque no ha sido categóricamente

explícito en este punto, ha dicho, con todo, lo suficiente para darnos a comprender que participaba en cierto modo de la misma idea. Así, Mr. Floquet parece decidido a proponer dicha política a la Cámara, declarando, primero, que el gobierno sería fiel a su pasado y "a sus promesas", y pidiendo, después, a su auditorio que tuviera confianza en las intenciones "progresivas" del gabinete.

Pronto hemos de ver cómo Mr. Floquet sabe sortear su palabra. Tanto veces se le ha prometido lo mínimo al país, que el país comienza a perder algo de la pasada confianza, y de ahí el descontento general, la crisis boulangista y la mínima vida relativamente precaria que arrastra el gabinete a pesar de un alta significación reformista y de la entereza y sinceridad de sus declaraciones.

Una adquisición sospechosa. - Telegrafian de Jersey en fecha de ayer que los habitantes de aquellas islas de la Mancha han experimentado una cierta emoción ante la noticia de la adquisición de la isla de Heron a nombre de dos banqueros alemanes. Todo el mundo está convencido, entre los habitantes de aquella región, que estos compradores ostensibles disimulan una operación real del gobierno de Alemania.

La isla de Heron, que forma parte del Archipiélago de las islas normandas inglesas, está situada a 6 kilómetros al este de Guernesey, de que depende. Su extensión es de 2 kilómetros de longitud por 1 kilómetro de anchura.

Cierto que la isla en cuestión no parece, en sí misma, de una grande utilidad militar, ni aun en tiempo de guerra; pero, por su situación, es innegable que podría convertirse en todo tiempo en un centro importante, como base de observaciones en materia de navegación.

Durante los últimos dos o tres meses se ha observado y vigilado atentamente las idas y venidas de un oficial superior alemán, que se halla actualmente en Jersey, y el gobierno inglés ha concluido por averiguar que dicho oficial - que se hacía pasar por retirado del servicio, recibía en realidad sus haberes de servicio activo, y que, además, se ocupaba con un interés fuera de lo ordinario de todo lo que concierne a la topografía y a la navegación en las islas del Canal.

Las últimas voluntades de Guillermo I. - Bajo este mismo título - telegrafian ayer de Berlín - el "Monitor del Imperio" publica varios fragmentos de la especie de testamento moral y religioso que el emperador ha escrito en épocas diversas y memorables de su vida. Todos ellos

poden calificarse de verdaderas efusiones de un carácter religioso y místico en las cuales se reflejan las impresiones que han ido dejando en su espíritu los principales acontecimientos de su vida de soberano.

En todos esos documentos, cuyo contenido peca realmente de monótono, observase una confianza personalísima en la existencia de una Providencia especial al uso del emperador, y una seguridad inquebrantable en la infalibilidad de sus móviles y en la legitimidad de todos sus actos. Ese estado de espíritu del difunto emperador se agranda y destaca sobre manera, particularmente a medida que los años y los épitos se acumulan y se suceden en su accidentada existencia.

He aquí un corto extracto de lo que escribía Guillermo I poco después de las campañas contra Austria (en 1866) y contra Francia (en 1870-71):

— "Durante el año que hoy termina (1866), Dios ha concedido su gracia a la Prusia de una manera que la indemniza ampliamente de lo mucho que ella ha sufrido. — El instrumento con el cual han sido obtenidos estos grandes resultados, el ejército, no tiene otro igual en el mundo. El espíritu que le anima es la expresión de los buenos sentimientos que mis augustos predecesores han inculcado cuidadosamente a la nación. En el momento solemne en que el año expira, doy cordialmente las gracias al ejército por la abnegación con que ha contestado a mi llamamiento y vencido a mis ojos, y baluceo mi humilde gratitud a Dios, que me ha hecho asistir a este acontecimiento. Gracias también a toda la Prusia, por los sentimientos que me ha demostrado. Cuando tal patriotismo existe, es que un país posee las sanas disposiciones que hacen la grandera de las naciones y Dios le concede visiblemente su gracia."

— " (1871) Dios ha estado con nosotros; para él la gloria, el honor y la gratitud! Cuando en fin de 1866, lleno el corazón de agradecimiento, me ha sido dable celebrar el favor de Dios en razón a los sucesos gloriosos e inesperados de aquel año, pude de creer que había ya cumplido la obra que se me había confiado y que, desarrollando esta obra en favor de la paz, yo la legaría a mi hijo bajo los mejores auspicios, en la prevision de que a él tocaría la misión de unir la parte meridional con la parte septentrional de Alemania. — Pero, gracias a los impenetrables designios de Dios, yo mismo he sido el llamado a establecer esta unión (después de la guerra de siete meses, tan gloriosa como sangrienta, que, de la manera más frívola, ha sido provocada por Francia. Si jamás el dedo de Dios se ha mostrado visible en la historia, nunca como en 1866 y en 1870. . . . " Pueda este favor del cielo asistirnos todavía en la conclusión de la unidad alemana cuyas bases acaban de ser echadas! Podamos gozar de la paz necesaria para poder gozar con toda humildad de los bienes que hemos adquirido en tan sangrientos combates! Señor, que tu voluntad sea hecha así en el cielo como en la tierra! Amen."

Ultima hora. (Berlín, 3) A pesar de que el emperador Guillermo I se había manifestado siempre contrario a instituir el aniversario de la batalla de Sedan como una fiesta nacional alemana, su sucesor Guillermo II ha seguido la costumbre de Berlín, y la población vióse armada de gala para celebrar con sus propios festejos aquel acontecimiento que tan caro costo a las armas francesas.